
ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Aposento en casa del músico. Miller deja su silla, y pone su violoncello á un lado. Su esposa, ligeramente vestida, toma café en una mesa.

MILLER. (Paseándose inquieto.)—¡Dígolo por última vez! El asunto se pone serio. Ya murmuran del Barón y de mi hija. Nos desacreditarán. Llegará á oídos del Presidente, y, en fin, para acabar, negaré la entrada en mi casa á ese caballerete.

SU MUJER.—Ni tú lo has atraído á tu casa... ni has tirado tu hija á su cabeza.

MILLER.—Ni lo he atraído aquí... ni le he tirado mi hija á su cabeza. ¿Quién lo sabe?... Yo era el amo de mi casa. Yo debía cuidar más de mi hija. Yo debía haber rechazado las impertinencias del Coronel... ó ponerlo todo en conocimiento de S. E. el señor papá. El joven Barón hubiera salido del paso á costa de una reprimenda, y no que ahora descargará la tempestad sobre el músico.

SU MUJER. (Bebiendo su taza lentamente.)— ¡Pura broma! ¡Hablar por hablar! ¿Qué ha de descargar sobre tí? ¿Quién

te tendrá ojeriza? Tú ejercerás tu profesión, y enseñarás á tus discípulos, cuando los hay.

MILLER.—Pero dime, ¿cuál será el resultado final de este trato?... Casarse con ella no puede... No hay, pues, que hablar de casamiento, y de otra cosa ¡librenos Dios!... Mira; cuando uno de esos señores va y viene de aquí para allá; cuando ha ideado algo, que el diablo sabrá, agrádale, como buenos gastrónomos, paladear el agua de sabrosa fuente. ¡Ten cuidado! ¡Ten cuidado! aunque tuvieras cien ojos y oyeses crecer la hierba, te seducirá á la muchacha en tus mismas barbas, la dejará algún recuerdo, y desaparecerá, y su deshonra durará mientras viva; y ella puede ya sentarse á descansar, ó proseguir la carrera empezada, si le ha tomado afición. (Llevándose las manos á la frente.) ¡Jesucristo!

SU MUJER.—¡Dios nos conserve en su santa gracia!

MILLER.—Conservémonos nosotros. ¿Cuál podrá ser la intención de ese caballere?... La muchacha es bonita... esbelta... y pequeño su pie. En cuanto á sus cualidades morales, ¡sean las que fueren! Poca importancia se les da, en lo general, tratándose de mujeres, si Dios, en su bondad, ha cuidado de dispensarles otros dones... Llega á este capítulo mi joven conquistador... ¡ah, entonces! la claridad te alumbra de improviso, como á mi Rodwey cuando olfatea algún francés, y suelta todas las velas, y le da caza, y... yo no lo culpo por eso. El hombre, al fin, es hombre. Yo debo saberlo.

SU MUJER.—Si tú leyese los lindos billetes que ese señor escribe á tu hija... ¡Santo Dios! Se ve tan claro como la luz del mediodía cuánto le preocupa la pureza de su alma angelical.

MILLER.—Esa es la verdad. Se sacude el saco, y no se piensa en el asno. Quien intenta besar una boca amada, se dirige antes al buen corazón. Yo mismo ¿qué he hecho?

Si se llega á lograr que las almas se unan, ¡oh! entonces siguen su ejemplo los cuerpos; los criados imitan á sus amos, y la plateada luna es al cabo el único intermedio diario.

SU MUJER.—Pero mira antes los libros soberbios, que el Coronel ha enviado á casa. Siempre ora en ellos tu hija.

MILLER. (Silbando.)—¡Quita allá! ¿Qué ora? Tú te chancas. Los groseros manjares de la naturaleza son demasiado duros para el estómago delicado de su gracia... Ha de cocerlos antes en la cocina pestilenciosa y endiablada, en donde se condimentan las frases ingeniosas. ¡Al fuego esas majaderías! Dios sabe lo que saca de ellas la muchacha... puras fantasmagorías que encienden como cantáridas su sangre, llevándose la escasa dosis de religión cristiana que con harto trabajo le ha propinado su padre. ¡Al fuego, pues, repito! La muchacha se llena la cabeza con esos engendros infernales; á fuerza de voltijear en ese mundo encantado, acaba por no encontrar su casa, por olvidarla, por avergonzarse de su padre, el músico Miller, y despreñará al fin á algún yerno hábil y honrado, que sirviera con diligencia á mis conocidos... ¡No! ¡Castígueme Dios! (Levántase con energía.) Sin tardanza hay que llevar el pan al horno, y en cuanto al Mayor... sí, sí, yo le enseñaré el agujero, que ha hecho en la puerta el maestro carpintero. (Quiere irse.)

SU MUJER.—Ten crianza, Miller. ¡Qué buenas monedas nos han traído los regalos!...

MILLER. (Volviéndose y parándose delante de ella.)—¿El precio de la venta de mi hija?... ¡Vete al diablo, infame alcahueta! Prefiero pedir limosna con mi violín, y dar conciertos por la posada y la comida... prefiero hacer pedazos mi violoncello, y llenar de estiércol su caja, á solazarme con el dinero, instrumento de perdición del alma y de la ventura de mi única hija. Deja tu maldito café y tu tabaco, y no

tendrás necesidad de llevar al mercado la cara de tu hija. Siempre he comido hasta hartarme y gastado una buena camisa, antes que ese lechuguino bribón se aficionase á mi casa.

SU MUJER.—¡No cierres la puerta con tanto estrépito! En un momento echas por los ojos fuego y llamas. Sólo digo que no se debe disgustar al Mayor, porque es hijo del Presidente.

MILLER.—He aquí el busilis del negocio. Esa, ésa es la causa que aconseja resolver la cuestión hoy mismo. El Presidente me dará las gracias, si es un buen padre. Cepíllame mi saco de pelo color de pasa, y visitaré á S. E. Le hablaré y le diré: «Vuestro hijo ha puesto los ojos en mi hija; mi hija no sirve para esposa de vuestro hijo, pero vale demasiado para ser su querida... y basta con esto... Yo me llamo Miller.»

ESCENA II.

Los mismos y el secretario WURM.

LA MUJER DE MILLER.—¡Ah! ¡Buenos días, señor Secretario! Por fin tenemos el placer de volveros á ver.

WURM.—Ese placer es mío, es mío, apreciable señora. Cuando reina aquí un noble caballero, nadie se acuerda de mi humilde persona.

LA MUJER.—No lo digáis, señor Secretario. El señor Mayor Walter, á la verdad, nos honra alguna que otra vez con su presencia; pero no por eso despreciamos á nadie.

MILLER. (De mal humor.)—¡Una silla á ese señor, mujer! ¿No queréis, señor mío, dejar eso?

WURM. (Que deja su bastón y su sombrero, y se sienta.)—¡Bueno, bueno! Y ¿cómo está mi futura... ó más bien, mi pasada?... No espero... ¿no se podrá ver... á la señorita Luisa?

LA MUJER.—Gracias por el recuerdo, señor Secretario. Pero mi hija no está muy satisfecha.

MILLER. (Colérico, y tocándole con el codo.)—¡Mujer!

SU ESPOSA.—Es de sentir que no le sea posible ver al señor Secretario. Está en misa ahora.

WURM.—¡Me alegro, me alegro! Será más adelante para mí una compañera piadosa y cristiana.

LA MUJER DE MILLER. (Sonriendo naciamente.)—Si... pero, señor Secretario...

MILLER. (Turbado, le pellizca los oídos.)—¡Mujer!

SU MUJER.—Por lo demás, si podemos servirlos en otra cualquiera cosa... con toda nuestra alma, señor Secretario...

WURM. (Con falsedad.)—¡En otra cualquiera cosa!... ¡Muchas gracias!... ¡Muchas gracias!... ¡Hem, hem, hem!

LA MUJER.—Pero como habrá comprendido el señor Secretario...

MILLER. (Iracundo, le da un golpe por detrás.)—¡Mujer!

SU ESPOSA.—Lo bueno es bueno, y lo mejor, mejor, y nadie debe oponerse á la dicha de su único hijo. (Con orgullo grosero.) ¿Entendéis ya bien lo que digo, señor Secretario?

WURM. (Revolviéndose inquieto en su silla, rascándose detrás de los oídos, y tirando de sus manguitos.)—¿Entender? No, en verdad... Oh, sí... ¿Qué pensáis?

LA MUJER.—Ya... ya... Sólo pensaba... yo creo... (Tosiendo.) Puesto que Dios, en su bondad, quiere hacer de mi hija una señora...

WURM. (Levantándose.)—¿Cómo? ¿Qué decís?

MILLER.—¡Seguid sentado, seguid sentado, señor Secretario! Esta mujer es un ganso estúpido. ¿Cómo ha de ser

una señora? ¿Qué asno asoma sus largas orejas en esta charla?

LA MUJER.—¿Gruñe cuanto quieras! ¡Yo sé lo que sé... y lo dicho por el señor Mayor, dicho está!

MILLER. (Que, fuera de sí, corre á coger su violín.)—¿Querrás refrenar tu lengua? ¿Deseas que te rompa el violín en la cabeza?... ¿Qué puedes tú saber? ¿Qué habrá dicho?... No hagáis caso alguno de su palabrería, estimado señor... ¡Fuera de aquí... á la cocina! ¿No me tomaríais por pariente próximo de algún animal, si yo pensara así de mi hija? ¡No lo creeréis de mí, señor Secretario!

WURM.—Ni yo lo merezco tampoco, señor maestro de música. Os he tenido siempre por hombre de palabra, y mis pretensiones á vuestra hija me parecían tan aceptadas por ustedes como si constasen por escritura pública. Desempeño un destino, con cuyo sueldo puedo mantener mis obligaciones; el Presidente me estima, y no me faltarán buenas recomendaciones, si quiero ascender en mi carrera. Sabéis que mis amores con Luisa son formales; y si os dejáis engañar por un noble petimetre...

LA MUJER DE MILLER.—Señor Secretario Wurm, más respeto... si me es posible rogarle...

MILLER.—¡Ya te he dicho que calles!... ¡Tened paciencia, caballero! Todo se queda como estaba. Lo que os contesté el último otoño lo repito hoy. No obligo á mi hija. Si le acomodáis, bueno y santo... de su cuenta corre averiguar si será feliz ó no en vuestra compañía. ¿Mueve usted la cabeza? mejor... contando con la voluntad divina, quería yo decir... confórmese con su suerte, y beba una botella con su padre... Ella ha de vivir con usted... su padre no... ¿Por qué he de tirarle á la cabeza, por caprichosa obstinación, un hombre que no le agrade?... ¿Para que el diablo me atormente en mi vejez... para que, al beber cada vaso de vino... y á cada cucharada de sopa, me diga

la voz de mi conciencia: «Tú eres un bribón, que has hecho infeliz á tu hija?»

SU MUJER.—En pocas palabras... jamás daré mi consentimiento: mi hija ha nacido para ocupar una posición social elevada, y si mi marido se deja seducir, yo recurriré á la justicia.

MILLER.—¿Quieres que te rompa los brazos y las piernas, lengua de escorpión?

WURM. (A Miller.)—El consejo de un padre vale mucho para una hija, y creo que ya me conocéis, señor Miller.

MILLER.—Pero ¡el diablo me lleve! quien ha de conoceros es mi hija. Mi gusto, el de un gruñón como yo, no es precisamente el de una joven ambiciosa. Yo puedo decirlos, casi infaliblemente, si sois hombre para figurar en una orquesta... pero el ingenio de la mujer es más sutil que el de un maestro de capilla... Y además, para hablar con entera franqueza, yo soy un alemán sencillo y torpe... pero nada, en suma, me tendréis que agradecer por mis consejos... yo no aconsejaré á mi hija que... mas no la predispondré contra usted, señor Secretario. Dejad que me explique. Permitiréis que os diga... que un amante que ha de llamar en su ayuda al padre de su amada... no vale un ardite. Si tiene algún mérito, se avergonzará de emplear este conducto estropeado para granjearse el afecto de su pretendida... Si no es audaz, si es cobarde como una liebre, no es Luisa para él... ¡Vaya, pues! A espaldas del padre ha de enamorar á la hija. Ha de arreglarse de suerte que ella, antes que renunciar á él, mande enhoramala de buen grado á su padre y á su madre... ó á que su amada se arroje á los pies de su padre, y le pida por Dios que se le consienta su único amor, ó se la deje morir de la muerte más cruel y endiablada... ¡Esto se llama un hombre! ¡Esto se llama querer!... y el que no se dé trazas para conquistar así á las mujeres... ¡que cabalgue en una pluma de ganso!

WURM. (Que toma su sombrero y su bastón, y se va.)—¡Gracias, señor Miller!

MILLER. (Siguiéndolo pausadamente.)—¿Por qué? ¿Por qué? Ningún favor os he hecho, señor Secretario. (Volviéndose.) Nada escucha, y se va... Ponzoña y arsénico es para mí este zorro con pluma, cuando lo veo. Personaje solapado y repugnante, como si se hubiese deslizado de contrabando en este mundo de Dios... Sus ojos de ratón, pequeños y malignos... sus cabellos de color rojo vivo... su barba puntiaguda... como si la naturaleza, de mal humor, observando el triste resultado de su obra, le hubiese hecho el favor de tirarlo en cualquier rincón... ¡No! Prefiero, á dar mi hija á tal engendro... ¡Dios me perdone!

SU MUJER. (Llena de ira.)—¡Vaya un perro!... pero se le sujetará la boca con el bozal.

MILLER.—Pero tú, con tu endiablado caballero... me has sacado de mis casillas... Tú no eres animal sino en la ocasión crítica, en que debes mostrar prudencia. ¿A qué viene esa charla de la señora calificada y de tu hija? He aquí el motivo de mi cólera. Es la persona más á propósito para divulgarlo todo por calles y plazuelas. Es un monsieur de esos que recorren las casas de la gente de pro, hablando siempre de la despensa y de la cocina, y en cuanto saben algo curioso... ¡Mil bombas! es seguro que se han de venir encima el Príncipe, su querida, el Presidente y toda la corte infernal.

ESCENA III.

LOS MISMOS Y LUISA MILLER, con un libro en la mano.

LUISA. (Que deja el libro, se acerca á Miller, y le besa la mano.)—¡Buenos días, querido padre!

MILLER. (Con afecto.)—¡Bravo, Luisa mía!... Alégame que tanto pienses en tu Creador. Sigue así, y no te desampararé.

LUISA.—¡Oh! Soy una gran pecadora, padre... ¿Estaba ahí, madre?

SU MADRE.—¿Quién, hija mía?

LUISA.—¡Ah! Olvidaba que además de él, hay otros hombres en el mundo... Mi cabeza está tan trastornada... ¿No estaba ahí Walter?

MILLER. (Triste y formal.)—Yo creía que mi Luisa había olvidado ese nombre en la iglesia.

LUISA. (Después de mirarlo en silencio largo tiempo.)—¡Ya os entiendo, padre!... siento la puñalada, que dais en mi conciencia; pero es tardía... No tengo devoción alguna, padre... el cielo y Fernando desgarran mi alma, y la llenan de sangre, y me temo, me temo... (Pausa.) ¡Pero no, padre bondadoso! Cuando nos olvidamos del pintor por sus cuadros, alabamos al artista de la manera más delicada... ¡No ha de alegrarse Dios, padre, si contempla en mi alegría su obra maestra?

MILLER. (Dejándose caer desalentado en una silla.)—¡Eso es! Tal es el resultado de tus lecturas impías.

LUISA. (Asomándose impaciente á la ventana.)—¿En dónde podrá estar ahora? Señoritas principales le ven... le oyen... y yo soy una joven oscura y sin importancia. (Asústase de

sus mismas palabras, y se arroja en los brazos de su padre.) Pero no, no; él me perdona. Yo no deploro mi suerte. Sólo quiero ahora pensar poco en él... nada cuesta. Nuestra pobrecilla vida... si yo pudiera convertirla en dulce y consolador éfiro para jugar con su rostro... la pobre flor de mi juventud... si fuese una violeta... y él la hollase, y ella muriera humilde bajo sus plantas... Contentariame con esto, padre. Cuando el insecto se calienta á los rayos del sol, ¿ha de castigarlo él, tan majestuoso y tan soberbio?

MILLER. (Que, conmovido, se apoya en los brazos del sillón, y se oculta el rostro.) ¡Oye, Luisa!... yo daría gustoso los pocos años, que me restan de mi vida, porque jamás hubieses visto al Mayor.

LUISA. (Asustada.)—¿Qué decís, qué?... No, mi buen padre no piensa así. ¿No sabéis que Fernando es mío, creado para mi alegría por el padre común de los amantes? (Quédase pensativa.) Cuando lo ví la primera vez... (Con rapidez.) la sangre enrojeció mis mejillas, mi corazón latió de gozo, y cada latido, cada soplo de mi pecho susurraba á mi oído: «Ese es!» y mi alma conoció al que me había faltado siempre, y añadió: ¡ése es! y lo mismo repitió el universo entero, participando de igual placer. Entonces... oh, entonces brilló en mi sér el primer rayo de la aurora. Mi corazón rebotaba de infinitos sentimientos, antes nunca conocidos, como las flores en la tierra cuando llega la primavera. Ya no veía yo al mundo, y, sin embargo, pensaba que nunca había sido tan bello. Ni me acordaba tampoco de Dios, y, no obstante, jamás lo había amado tanto.

MILLER. (Que corre hacia ella, y la oprime contra su pecho.)—Luisa... querida... noble hija... toma mi triste y vieja cabeza... tómallo todo... todo... En cuanto al Mayor... Dios es testigo... ¡no puedo dártelo nunca! (Vase.)

LUISA. ¡Ni yo lo quiero tampoco ahora, padre! esta miserable gota de rocío, el tiempo... se desvanece con rapidez

placidamente, soñando sólo con él. Renuncio á él para esta vida. Después, madre, después... cuando se vengán abajo las barreras que nos separán... cuando nos despojemos de todos estos odiosos disfraces sociales... los hombres sólo son hombres... Nada llevo conmigo más que mi inocencia. ¡Mi padre me ha dicho tantas veces que la pompa y los títulos de la vanidad valdrán tan poco á los ojos de Dios, cuando aparezca, como mestimable, el precio de los sentimientos! Yo entonces seré rica. Mis lágrimas se trocarán entonces en triunfos, y mis buenas ideas harán las veces de ilustre prosapia. Entonces me llamarán persona calificada, madre... ¿Quién será entonces la preferida, oh madre, sino vuestra hija?

SU MADRE. (Levantándose.)—¡Luisa! ¡El Mayor! ¡Ya entra! ¿En dónde me oculto?

LUISA. (Que tiembla.)—¡Quedaos aquí, madre!

SU MADRE.—¡Dios mío! ¡Qué traza la mía! ¡Es para avergonzarme! No me atrevo á presentarme así delante de ese caballero. (Vase.)

ESCENA IV.

FERNANDO DE WALTER, LUISA. Él corre á su encuentro; ella se deja caer en una silla descolorida y desmayada... él la contempla callado... y ambos se miran largo tiempo en silencio. Pausa.

FERNANDO.—¡Estás pálida, Luisa!

LUISA. (Que se levanta y lo abraza.)—¡No es nada! ¡No es nada! Si estás aquí, ya todo pasó.

FERNANDO. (Cogiéndole la mano y besándosela.)—Y mi Luisa ¿me ama todavía? Mi corazón es el mismo siempre; ¿el tuyo

también? Vengo aquí corriendo para averiguar si estás más tranquila y te sientes mejor, para tranquilizarme á mi vez... y no lo estás.

LUISA.—¡Sin duda, sin duda, amado mío!

FERNANDO.—Dime la verdad. ¡No lo estás! Yo veo el fondo de tu alma, como el de este diamante á través de sus claras aguas. (Enseñando su sortija.) Ningún celaje llega aquí sin verlo yo; ningún pensamiento se pinta en este rostro, que se me escape. ¿Qué tienes? ¡Pronto! Si este espejo brilla para mí sin mancha, no hay nubes en todo el mundo. ¿Qué te aflige?

LUISA. (Se calla un momento mirándolo, y después le dice con tristeza.) ¡Fernando, Fernando! Si tú supieras que impresión hace ese bello lenguaje en esta joven humilde...

FERNANDO.—¿Qué es esto? (Sorprendido.) ¡Humilde! ¡Escucha! ¿Por qué hablas así?... Tú eres mi Luisa. ¿Quién te dice que hayas de ser otra cosa? ¿Qué frialdad observo en tí, oh falsa! ¿Cómo has de ser toda amor para mí, si tienes tiempo para hacer esa comparación? Cuando yo estoy á tu lado, mi razón se abisma y desaparece en una sola de tus miradas... en un sueño contigo, cuando estoy lejos. Y tú, ¿tú eres prudente y enamorada?... ¡Avergüénzate! Cada instante que pasas afligida de ese modo, lo robas á tu amante.

LUISA. (Que le coge una mano, y sacude la cabeza.)—Tú te propones aletargarme, Fernando... quieres apartar mi vista de ese abismo, en donde he de precipitarme inevitablemente. Yo veo lo futuro... la voz de la fama... tus proyectos... tu padre... ¡mi nada! (Se estremece con horror, y deja caer su mano.) ¡Fernando! ¡Un puñal nos amenaza!... ¡Nos separan!

FERNANDO.—¿Que nos separan! (Levantándose de repente.) ¿En qué te fundas para pensarlo? ¿Qué nos separan?... ¿Quién puede desatar el lazo que une dos corazones, ó los tonos

de un acorde? Yo soy noble. Pero veamos si mi título de nobleza es más antiguo que el movimiento trazado á la creación infinita, si mis armas más poderosas que la mano de Dios, impresa en los ojos de Luisa, que dice: «Esta mujer es para este hombre.» Soy hijo del Presidente. Por lo mismo, ¿quién, sino el amor, puede atenuar las maldiciones, que las ilegalidades de mi padre atraen sobre mi cabeza?

LUISA.—¡Oh! ¡Cuánto le temo... cuánto temo á ese padre!

FERNANDO.—Yo nada temo... nada... sino los límites de tu amor. Deja que nos separen obstáculos como montañas... yo las asaltaré escalón á escalón, y volaré después á los brazos de Luisa. Los embates de la fortuna adversa aumentan sólo mi pasión. Los peligros harán más seductora á mi Luisa... ¡No tengas, pues, temor alguno, amor mío! Yo mismo... yo te guardaré vigilante, como el dragón mágico el tesoro subterráneo... ¡Ten confianza en mí! No necesitas otro ángel guardián... Yo me interpondré, á fuer de baluarte, entre el destino y tú... recibiré las heridas, que puedan amenazarte, y reservaré para tí hasta las gotas imperceptibles de la dicha... y te las serviré en la copa del amor. (Abrazándola tiernamente.) En estos brazos atravesará gozosa Luisa la senda de la vida; más bella que, al dejar tú el cielo, te acogerá éste á su vez, y ha de confesar admirado que sólo el amor da á las almas sus postreras pinceladas.

LUISA. (Separándose de él muy conmovida.)—¡Basta! Te ruego que calles... Si supieras... Déjame... tú ignoras que tus esperanzas desgarran como furias mi corazón. (Quiere irse.)

FERNANDO. (Reteniéndola.)—¡Luisa! ¡Cómo! ¿Es posible? ¡Qué mudanza la tuya!

LUISA.—Había olvidado esas ilusiones y era feliz. Ahora, ahora... Desde hoy... huyó la paz de mi pecho... Deseos tiránicos... yo no sé... lo destrozarán... Véte... Dios te per-

done... En mi juvenil y pacífica existencia has lanzado tea incendiaria, que nunca, nunca se extinguirá (Vase precipitadamente, siguiéndola él sin hablar.)

ESCENA V.

Sala en casa del Presidente.

EL PRESIDENTE, con una condecoración al cuello y una cruz en el pecho, y el secretario WURM, entran en la escena.

EL PRESIDENTE. — ¡Unas relaciones amorosas formales! ¿Mi hijo?... No, Wurm, jamás me lo harás creer.

WURM. — ¿Se digna V. E. mandarme que se lo pruebe?

EL PRESIDENTE. — Que haga la corte á una canalla de la clase media... que la adule... hasta ¡á fe mía! que le finja ciertos sentimientos... es cosa corriente y posible, en mi opinión... y perdonable... pero... ¿y con la hija de un músico, decís?

WURM. — La hija de Miller, el maestro de música.

EL PRESIDENTE. — ¿Linda?... No hay necesidad de preguntarlo.

WURM. (Con viveza.) — La rubia más bella, tanto, que, sin exagerar, brillaría al lado de las primeras beldades de la Corte.

EL PRESIDENTE. (Riéndose.) — Me decís, Wurm... que tiene sus proyectos hostiles contra ella... Es natural. Pero observad, mi querido Wurm... que si mi hijo es enamorado, me hace esperar que no han de aborrecerlo las damas. Algo adelantará así en la Corte. Decís que la joven es bella; agrádame esto en mi hijo, porque demuestra su buen

gusto. ¿Deslumbra á esa loca, pretextando que son formales sus intenciones? Mejor aún... claro veo que no le falta ingenio para engañar á su víctima. Puede llegar así á Presidente. ¿Son más trascendentales sus progresos? ¡Sóberbio! Esto prueba que es afortunado. Si el desenlace de la farsa es un robusto nieto, ¡inmejorable! Entonces hebo una botella más de Málaga al feliz aspecto que presenta la duración de mi linaje, y pago la multa en que, por liviandad, ha incurrido su amada.

WURM. — Cuanto yo deseo es que V. E. no se vea obligado á apurar esa botella para distraerse.

EL PRESIDENTE. (Con seriedad.) — Tened presente, Wurm, que, cuando formo mi opinión, soy muy obstinado, y que deliro cuando me enfurezco... Tomo á broma que os hayáis propuesto encolerizarme. De corazón creo también que, con la mejor voluntad del mundo, os desembarzáis de un rival. Que os cueste no poco trabajo alejar á mi hijo de esa joven, y que deseéis convertirme en espantamoscas, lo comprendo; me encanta la idea de que os empeñéis en presentar bajo su faz más desfavorable tan entretenida novela... Pero, mi querido Wurm, no hay que jugar conmigo... Ya se os ocurre que no debéis llevar tan lejos la broma, hasta forzarme á quebrantar mis principios.

WURM. — ¡Perdone V. E.! Si efectivamente, como sospecháis, me movieran sólo los celos, lo indicaran acaso mis ojos, no mi lengua.

EL PRESIDENTE. — Y, en mi concepto, hay que despreciarlos. ¡Estúpido demonio! ¿Qué os importa recibir el dinero de la Casa de Moneda, recién acuñado, ó de mano del banquero? Consolaos con nuestra nobleza... Sabiéndolo ó no... raro es el casamiento, que se concierta entre nosotros, e. l que media docena á lo menos de convidados... ó de criados... no puedan medir geoméricamente el paraiso del novio.

WURM. (Haciendo una cortesía.)—Señor, prefiero en esto pertenecer á más humilde clase.

EL PRESIDENTE.—Por lo demás, muy pronto podréis tener la alegría de tomar una excelente revancha con vuestro rival. Hay en el Gabinete el propósito de que, á la llegada de la nueva Duquesa, sea despedida en la apariencia lady Milford; y para hacer el engaño más creíble, que contraiga otro enlace. Sabéis, Wurm, cuánta importancia tiene para mí la influencia de Milady, y que las pasiones del Príncipe son mi principal resorte. El Duque busca un partido para Milford. Si se presenta otro... cierra el trato, adquiere á un tiempo la confianza de la dama y la del Príncipe, y se hace para éste indispensable... Para que el Príncipe quede preso en las redes de mi familia, se ha de casar mi hijo Fernando con la Milford... ¿Lo entendéis?

WURM.—Tan claro que me hace saltar los ojos... Prueba á lo menos así que el Presidente es un novicio, comparado con el padre. Si el Mayor se muestra, respecto á V. E., hijo tan sumiso como V. E., respecto de él, tierno padre, vuestra pretensión será devuelta con protesta.

EL PRESIDENTE.—Por fortuna jamás he sentido inquietud alguna al tratarse de la ejecución de un proyecto, en el momento en que me he dicho que ha de ser... Pero mira, Wurm, esto nos lleva de nuevo al asunto anterior. Hoy por la mañana anunciaré á mi hijo su casamiento. Con arreglo á la impresión que le haga la noticia, veré desvanecidas ó confirmadas vuestras sospechas.

WURM.—Os pido muy humildemente que me perdonéis, señor. El mal humor que ha de revelar, y en el que tenéis tanta confianza, así puede provenir de la novia que le dais, como de la que le arrebatáis. Os suplico que apeléis á otra prueba más segura. Proponedle el partido más irreprochable que hay en la corte, y si lo acepta, condenad al secretario Wurm á arrastrar tres años el grillete.

EL PRESIDENTE. (Mordiéndose los labios.)—¡Diablo!

WURM.—Es ni más ni menos lo que digo. La madre... la estupidez en persona... con su sencillez me ha dicho ya demasiado.

EL PRESIDENTE. (Paseándose y reprimiendo su ira.)—¡Bueno! ¡Esta misma mañana!

WURM.—Que no olvide V. E. que el Mayor... es el hijo de mi señor.

EL PRESIDENTE.—Miraré por vos.

WURM.—Y que el servicio de libraros de una nuera, que os repugna ..

EL PRESIDENTE.—¿Merece como premio que os ayude á encontrar una mujer? ¡También esto, Wurm!

WURM. (Inclinándose gozoso.)—¡Siempre vuestro, bondadoso señor! (Hace ademán de irse.)

EL PRESIDENTE.—En cuanto á lo que os he confiado antes, Wurm... (Amenazándole.) Si llegáis á divulgarlo...

WURM. (Sonriendo.)—En ese caso mostráis mis firmas falsificadas. (Vase.)

EL PRESIDENTE.—A la verdad, te tengo seguro. Téngote preso en tu misma maldad, como el cigarrón por el hilo.

UN AYUDA DE CÁMARA. (Entrando.)—¡El Mariscal Kalb!

EL PRESIDENTE.—¡Qué oportunidad!... ¡Cuánto me alegro (Vase el Ayuda de cámara.)

ESCENA VI.

El Mariscal KALB, vestido de corte lujosamente, aunque sin gusto, con llave de gentilhombre, dos relojes y una espada, sombrero bajo y con el cabello á la herissón. Se acerca al Presidente con grandes aspavientos, y difunde por el parterre un fuerte olor á ámbar.—EL PRESIDENTE.

KALB. (Abrazándolo.)—¡Ah! ¡Buenos días, querido! ¿Cómo habéis descansado? ¿cómo dormido?... Dispensadme que tan tarde tenga el placer... negocios urgentes... la lista de la cocina... las tarjetas de visita... el arreglo de la partida de hoy en trineos... ¡Ah!... y además había de estar en Palacio á la hora de levantarse S. A., para anunciarle el tiempo que hace.

EL PRESIDENTE.—Sí, Mariscal, no podáis faltar.

KALB.—Un bribón de un sastre me ha detenido también.

EL PRESIDENTE.—Y sin embargo, siempre valiente y dispuesto.

KALB.—Hay más todavía... Bien vienes mal, si vienes solo. ¡Oí!

EL PRESIDENTE. (Distraído.)—¿Es posible?

KALB.—¡Escuchadme! Apenas me había apeado del carruaje cuando se asustaron los caballos, se encabritaron, y se dieron tales trazas, que ¡oh desastre! me llenaron de lodo los pantalones. ¿Qué hacer en este trance? ¡Poneos, por Dios, en mi lugar, Barón! ¡Y estaba allí, y era ya tarde! Es una jornada... ¡y presentarme así ante S. A.! ¡Justo Dios! ¿Qué se me ocurrió entonces? Finjo un desmayo; me llevan entre todos al coche; llevo volando á mi casa... cambio de traje... vuelvo... ¿Qué diréis?... y soy el primero en la antecámara... ¿Qué tal?

EL PRESIDENTE.—Rasgo sublime del ingenio humano... Pero dejemos esto, Kalb. ¿Habéis hablado ya con el Duque

KALB. (Payoneándose.)—Veinte minutos y medio.

EL PRESIDENTE.—Confieso que... ¿y sin duda me traéis alguna nueva importante?

KALB. (Serio, después de un momento de silencio.)—Su Alteza lleva hoy su vestido de castor amarillo.

EL PRESIDENTE.—¿Es posible?... No, Kalb, tengo reservada mejor noticia para vos... ¿no es acaso una novedad que lady Milford será esposa del Mayor Fernando Walter?

KALB.—¿Cómo?... ¿Y es cosa decidida?

EL PRESIDENTE.—Está ya firmado, Mariscal; y me hariais un favor insigne, si fuerais en seguida á preparar á lady Milford á recibir su visita, y si divulgarais la resolución de Fernando en toda la corte.

KALB. (Encantado.)—¡Oh, con toda mi alma, querido!... ¿Qué más puedo yo desear?... Voy allá volando. (Lo abraza.) Adiós... dentro de tres cuartos de hora lo sabrá toda la ciudad. (Vase saltando.)

EL PRESIDENTE. (Riéndose, y siguiéndolo con la vista.)—¡Y se dice que criaturas semejantes no sirven en el mundo para nada!.. Ahora ha de consentir Fernando, ó todos quedan por embusteros. (Llama, y viene Wurm.) Que éntre mi hijo. Vase Wurm, y el Presidente se pasea pensativo.)

ESCENA VII.

FERNANDO.—EL PRESIDENTE.—WURM, que se va en seguida.

FERNANDO.—Habéis mandado, padre mío...

EL PRESIDENTE.—He de hacerlo así, por desgracia, siempre que quiero tener el placer de ver á mi hijo... ¡Déjanos